

POSPANDEMIA

# SALIR DE LA DESIGUALDAD ESTRUCTURAL

Sobre finales de este particular año no estamos todavía fuera del asedio de la pandemia del Covid-19, pero un aire de salida sanitaria de esta situación global va envolviendo las últimas semanas de 2020. En algunos meses habrá vacunas, habrá campaña de vacunación, habrá un horizonte pospandémico. ¿Cuánto de lo soñado como transformación asomará en ese horizonte? ¿Cuánto de lo practicado como lazo social solidario, respon-

sable, tendrá continuidad o recreación entonces? No estamos pensando en las actividades comunitarias o las militancias preexistentes a la instalación del virus que todo lo alcanzó, sino a los niveles aumentados de esa solidaridad, a los umbrales no conocidos antes de implicancia social en función de asumirse como seres interrelacionados, porosos al contagio y a la posibilidad de enfrentarlo de manera colectiva.

Aunque las pantallas dominantes muestren grupos de personas alteradas renegando de toda protección dictada por decreto presidencial o por lógica sanitaria o por sentido de supervivencia, lo que marca el trazo grueso de este tiempo de temores e incertidumbres es la razonable actitud de millones incorporando

**(En algunos meses habrá vacunas, habrá campaña de vacunación, habrá un horizonte pospandémico. ¿Cuánto de lo soñado como transformación asomará en ese horizonte? ¿Cuánto de lo practicado como lazo social solidario, responsable, tendrá continuidad o recreación entonces?)**

**(El rigor de la enfermedad, que trajo sufrimiento, postergación y muerte, nos reveló un más allá posible de fuerzas comunitarias en acción, lazos para resistir la falta de ingresos, redes para producir herramientas de cuidado, ideas para potenciar las comunicaciones y encuentros en territorios virtuales.**

prácticas impensadas en otros contextos, como taparse casi todo el rostro, inhibir el impulso de brindarse, aunque fuera por unos instantes, a los brazos de alguien, permanecer por meses y meses en lo que sea que llamamos “casa”, en lugar de recorrer los lugares de encuentro más queridos.

El rigor de la enfermedad, que trajo sufrimiento, postergación y muerte, nos reveló un más allá posible de fuerzas comunitarias en acción, lazos para resistir la falta de ingresos, redes para producir herramientas de cuidado, ideas para potenciar las comunicaciones y encuentros en territorios virtuales. No es que no existieran ya, la crisis sanitaria los nece-



sitó al máximo y las prácticas fraternas se brindaron en igual medida, ampliándose, recreándose y abriendo otro espacio para pensar las relaciones sociales de cuidado, apoyo e intercambio comunitarios.

Pero en la pospandemia, como en la pandemia misma, sigue, seguirá tallando el patrón mayor de la desigualdad. Cada grupo social, cada quien en su individualidad, ha atravesado esta etapa con códigos pre adjudicados que otorgan mayores ventajas o mayores penas, según el lugar que ocupan en el plano inclinado de esa desigualdad: contar con trabajo formal o con trabajo informal, contar con trabajo o estar desocupadx o realizar el trabajo reproductivo no pago de la sociedad; tener o no tener vivienda, disponer de una o más computadoras en ella o no disponer de aparato o conectividad alguna; desafiar la cuarentena en barrio norte o recién bajadxs de una cuatro x cuatro, o hacerlo a pie, con ilusión o desesperación y veintipocos años. Lidiar con los controles policiales como dueño

**(Las desigualdades se multiplican y agobian el difícil clima cotidiano bajo una enfermedad sin remedio conocido aún porque con pandemia o sin ella, la desigualdad es estructural.**

de tierras o como comunidad despojada de territorios ancestrales. Ser esencial como policía o serlo como enfermera. Las desigualdades se multiplican y agobian el difícil clima cotidiano bajo una enfermedad sin remedio conocido aún porque con pandemia o sin ella, la desigualdad es estructural.

Mientras la solidaridad y el reconocimiento a lxs trabajadrxs de la primera línea crecían, la desaparición forzada, la tortura, el racismo, la represión volvieron a marcar el paso de una sociedad que, al tiempo que revisa los crímenes de la dictadura cívico-militar incluso en contextos virtuales, los vuelve a registrar en el presente, a dosis –no por reducidas menos horrosas– y sin virtualidad. La violencia desatada de las instituciones del Estado es un perjuicio complejo, con historia y sin justificación posible en parámetros democráticos, ajustados a principios de derechos humanos y normas internacionales de control de su fuerza punitiva. Si en las sociedades modernas el Estado ha devenido un poder legitimado para

ejercerla, desde la perspectiva de los pueblos, de los grupos vulnerados y del imaginario del respeto a la condición humana, tal violencia debe ser siempre retenida, aplazada al límite de lo posible, discutida al interior de las representaciones democráticas, lamentada cuando ocurre sin remedio y sancionada cuando se impone sin razón, y no defendida ni menos aún espectacularizada. ¿Que no es posible tal templanza como política pública? Ella fue notable, sin embargo, durante la sublevación policial que acosó al gobierno nacional y provincial de Buenos Aires y fijó su centro operativo frente al lugar donde funcionó entre 1974 y 1977 el centro clandestino de detención conocido como Puente 12, y también, entre 1977 y 1978, el centro clandestino denominado El Banco. La línea de lo posible se desplaza de acuerdo a contextos, voluntades e intereses. O de acuerdo a desigualdades.

La pandemia nos expone a lo mejor y lo peor de las personas y de la sociedad por ellas conformadas. Participamos del cui-

**(Participamos del cuidado mutuo comunitario, reclamamos la aparición con vida de quienes fueron vistos por última vez en manos de fuerzas de seguridad: dos momentos antagónicos de esta realidad en la que la comunidad universitaria de Filo se ha involucrado activamente.**

dado mutuo comunitario, reclamamos la aparición con vida de quienes fueron vistos por última vez en manos de fuerzas de seguridad: dos momentos antagónicos de esta realidad en la que la comunidad universitaria de Filo se ha involucrado activamente. Al salir de la pandemia –cuando ello quiera que ocurra– quisiéramos dejar atrás tanto el virus como las desigualdades. Para el primer caso, por más complejo que se presente, el panorama parece posible de ser transformado entre el corto y el mediano plazo bajo la forma vacuna, tratamientos, cuidados preventivos. Con las desigualdades no hace falta aclarar que estamos en otra dimensión del cambio. Sin embargo, el Estado, la comunidad social, sus inte-

grantes, con sus diferentes niveles de injerencia y de responsabilidad, pueden intervenir de igual modo que frente al Covid-19 –es decir, con sentido colectivo y hacia el mejoramiento comunitario– para al menos disminuir sus estragos. Si es posible pensar como sociedad la absoluta pertinencia de un dispositivo sanitario que alcance al conjunto, sin distinciones, por el bien común; camino hay para andar con esa certeza el largo derrotero de abolir las injusticias sociales. Vacuna para todes, igualdad para todes.